

Amor fou

Para Chema, mi marido

Raymond está delante de mí. Más gordo. Con la cara más ancha. La piel de los pómulos está tirante sobre el hueso y una papadilla le cuelga sobre la nuez ahora que, por fin, se ha desprendido de su barba postiza.

Mi marido, Adrián, está detenido, y no me explico por qué he invitado a pasar a mi visitante al salón. Mientras trato de ordenar los acontecimientos, de pensar cómo puedo articular mi relato para ayudar a Adrián, Raymond me interrumpe. Me molesta. No le he dicho que se siente, y él permanece delante de mí con un jipijapa blanco entre las manos y los pequeños quevedos ahumados un poco caídos sobre el arco de su nariz grande. Una atractiva nariz. Italiana. Hacía seis o siete años que no compartía habitación con Raymond. Supongo que quería tener la oportunidad de verlo de cerca para comprobar los cambios producidos en un hombre cuyas características físicas, hace algún tiempo, yo conocía palmo a palmo: la densidad de la piel, las venillas enrojecidas sobre la quinta vértebra, el olor del pelo, el número de empastes. Raymond da un paso atrás. Parece que siente miedo de que le abra la boca. No te preocupes, Raymond, no tengo ganas. Raymond ha retrocedido porque mi revisión ha debido de intimidarle un poco. Pero hoy más

que nunca tengo derecho a intimidarle por la forma en que lo miro.

—Lala, ha pasado mucho tiempo.

De Raymond, podría dibujar ahora mismo la cara que se le ponía justo en el instante de eyacular dentro de su profiláctico. Un rostro bobo y convencional: ojos en blanco, sudor en la frente. ¿Lo más representativo? La babilla sorbida de la comisura de los labios justo cuando está a punto de caer sobre mí. Fascinada por estos síntomas de vulnerabilidad, yo quería repetirlos continuamente. Hoy no alcanzo a comprender cómo era capaz de conmoverme con ciertas cosas: espasmos, gemidos enfermizos, yugulares congestionadas por el esfuerzo. No alcanzo a comprender cómo las mujeres nos enamoramos de expresiones propias del retraso mental, mientras disfrutamos hacia dentro del gozo y podemos sonreír o permanecer calladas, como si estuviéramos comiendo, serenas para no perder detalle, para anotar todo mentalmente y revivirlo. También podemos gritar sin mordernos la lengua cuando la punta de aguja del placer deja de ser delicada y duele. Nos desgasta. Tal vez por eso amar a veces da pereza.

Con Raymond, yo era incluso capaz de detenerme donde se ubica el filo de violencia permitida en la caricia. Sin embargo, hasta con los gatos de mayor confianza hay que andarse con cuidado. Se les puede acariciar y restregar hasta llegar a un límite. Después, los gatos arañan o comienzan otro juego o huyen. Los gatos no se dejan matar de amor. Ni a palos, como los perros fieles. En sentido recto, yo sabía hasta dónde podía llegar con mis dientes sobre el terciopelo del pene de Raymond. Todos los penes son de terciopelo; no se trata, pues, de que solo el de Raymond lo fuera. En sentido figurado, podríamos decir que él era un gato confundido y que, antes de que yo pudiera apretarle demasiado la barriga, se encontró sobreexpuesto y salió disparado a esconderse

entre las prendas de invierno del armario. Ahora parece que he de perdonar sus desapariciones, su barba postiza y sus gafas ahumadas. Parece que Raymond busca que le tienda encima del parqué y, ajena a la culpa que nunca he tenido, le arañe el vientre y le lama la fibra sensible que une el escroto y el agujero del culo.

Pero no, Raymond, yo ya no tengo ganas de esas cosas y te lo estoy demostrando con mi cara de asco. No experimento ni siquiera la comprensible y casi científica curiosidad de cerciorarme de que babeas de la misma forma que cuando eras joven. Yo solo quiero saber cómo está mi marido y comprobar hasta qué punto eres responsable de que lo mantengan en la comisaría. Porque eres responsable: has dejado caer el jarrón de cristal contra las baldosas, y ahora yo no voy a decirte: «Pero qué malo eres, Raymond, pero qué malo.»

Tal vez solo le llame tonto; de hecho, aún no sé cómo voy a insultarle, pero estoy segura de que algo se me ocurrirá. Derroché demasiada sinceridad e imaginación con este hombre como para no encontrar ahora la manera más eficaz de darle donde más pueda dolerle. Si es que al final concluyo que golpear a este ser sirve para algo. Este ser que sigue siendo el Raymond que yo conocí. Vuelvo a mirarle de arriba abajo. Sí, es el mismo.

—¿Lala?, ¿no vas a decirme nada?

Sé que he permitido a Raymond traspasar el umbral de mi puerta para tener la oportunidad de decirle cuatro verdades o, mejor, de permanecer en silencio mientras él está de pie frente a mí. He resistido durante meses la tentación de pararlo por la calle y de arrancarle de la cara su barba postiza. Sin embargo, no quería darle demasiada importancia a su persecución. Como si mis ojos no vieran y mi corazón no sintiese. Como si las necias palabras de sus acciones no llegaran a mis oídos sordos.

«No hay mayor desprecio que no hacer aprecio.» Eso es

lo que le decía a Adrián para evitar que cruzase la calle y le hiciera unas cuantas preguntas al inquilino de la cuarta planta de la finca cuyo balcón queda justo frente al nuestro.

Raymond, con su gran nariz italiana que corrobora esas correspondencias entre apéndices de la anatomía, permanece de pie delante de mí. Me doy cuenta de que es un niño travieso. Porque, en realidad, Raymond es un pánfilo. Incluso cuando se esforzaba por romper los jarrones de cristal de su mamá solo para que ella le dijese: «Pero qué malo eres, Raymond, pero qué malo.» En efecto, he dejado que entre en mi casa para tener el gusto de invitarle a salir. Hubo un tiempo en que ni siquiera me hubiera tomado esa molestia, pero ahora mi marido está detenido en una dependencia policial por culpa de Raymond, y creo que he de empezar a darle importancia a sus voluntades malignas. Aunque yo pierda los papeles y él se regocije en un poder sobre mí del que, de no haber sido por la vulnerabilidad de Adrián, carece desde hace muchos años.

Como debe ser, empezamos mal. Yo no le invito a sentarse. No recojo de encima de la mesa del salón los restos quemados de mi casa que estaba catalogando con el sencillo criterio de los recuperables y de los irrecuperables; él, por su parte, sonríe, señala un minúsculo busto de Lenin en la estantería y, simpático, entrañable, condescendiente, me dice:
—¿No te da vergüenza?

Raymond me tiende un cuadernito de tapas negras con el que quiere hacerse perdonar. Sin embargo, hay cosas que no van a arreglarse con literaturas. Ni con una débil capa de barniz.